

En el fondo, cada siglo es mucho menos producto de sí, que expresión y resultado de un pasado próximo ó lejano. El magnífico sol que lució en el reinado de Luís XIV es aquella aurora que asomó ya al fin del reinado de Enrique IV y creció en el de Luís XIII. La maldición del pueblo que enturbió los últimos días de la larga dominación del gran monarca y la indecible miseria que se sintió bajo la Regencia, son, sin disputa, fruto de árboles que el mismo rey plantó. La historia debe atribuirle aquellas desgracias, pero no la dicha y el brillo de que se vió rodeado sin mérito personal, y cuyos últimos vestigios supo tan bien destruir.

¿No pudiera también creerse que el desarrollo de Inglaterra, bajo el reinado de Isabel, fué el resultado de los siglos católicos que lo precedieron, y que fueron obra suya propia las desgracias que sucedieron á su reinado? Sí, lo que se llama escribir la historia, implica con demasiada frecuencia la simple y pura apostasia con respecto á Dios y á la moral, lo mismo que la guerra declarada á la fe y á la Iglesia. Se quiere atribuir á hijos degenerados la pujanza, la prosperidad, que fueron flores y frutos de los talentos, del trabajo y de la aplicación de padres piadosos y sensatos. Mas si, aplastados por el peso de la maldición que les fué legada, vuelven á Dios los descendientes de aquellos hijos, sólo sobre éstos recae la responsabilidad de todas las miserias, de que es única causa la impiedad de sus antepasados. ¿Han, por el contrario, vencido ellos, y lo han reparado todo con la oración y el sacrificio? ¿han transmitido á sus hijos la bendición en lugar de la maldición? Se permite entonces la historia celebrar á los nietos que ha hecho orgullosos la felicidad, y que siguieron los malos ejemplos de abuelos perversos, en lugar de imitar á los padres verdaderamente buenos; los considera como creadores de la prosperidad que heredaron, y en cuyo reemplazo no han dejado sino males.

APÉNDICE III

UN POETA CRISTIANO HABLANDO DE LAS PASIONES

(Extractos de la *Psicomaquia* de Prudencio)

I.—Invocación

¡Oh Cristo! Tú que te compadeces siempre de los rudos combates de los hombres, Tú que posees la virtud del Padre, esa virtud personal, de una sola persona (porque con triple nombre adoramos á un Dios, aunque á Ti, oh Cristo, no te adoramos sólo como Dios engendrado del Padre), ¡oh Rey nuestro! enséñanos con qué armas puede arrancarse el espíritu, el mal de los pliegues del corazón, cuando en el interior de los turbados sentidos tiene origen la sedición, y fatiga nuestra alma la lucha de las pasiones. Dínos cuál será la más fuerte guardia para proteger la libertad, y cuál será el más poderoso ejército que podamos oponer á las pasiones que quieren repartirse nuestro corazón. Porque, ¡oh digno Jefe! no has expuesto á los cristianos á la desolación de los vicios, desprovistos de grandes virtudes y faltos de poderosas energías. Tú mismo ordenas á los batallones salvadores que combatan en el cuerpo sitiado; Tú mismo armas el espíritu de excelentes medios que le fortalecen á la hora del ataque y le permitan combatir y vencer por Ti.

Si es permitido describir y contemplar de cerca hasta la fisonomía de las virtudes, lo mismo que la de los monstruos que despliegan contra ellas sus fuerzas amenazadoras, ved aquí la conducta que debe seguirse para obtener la victoria.

II.—Lucha entre la Ira y la Paciencia

De pie, é inmóvil, en medio de los ejércitos y del tumulto de la guerra, con continente grave, estaba tranquila la modesta Paciencia. Fija la mirada, contemplaba las heridas y los senos misteriosos de la vida á través de los cuales se abrían paso los acerados dardos. Estaba tranquila.

Á su lado estaba la Ira, ardiente y envanecida, echando espuma por la boca é inyectados en sangre y en cólera los ojos. Con las palabras y con el dardo que tiene en la mano, provoca á aquella que quiere ser extraña á la guerra; después, no pudiendo sufrir retardo alguno, salta sobre ella con sus armas y la llena de injurias, mientras que en la punta de su casco ondea una melena erizada. «Esto para ti, le dice, libre espectadora de nuestros combates. Reciba ese corazón, que nada conmueve, este mortífero acero, y no te quejes, pues será vergüenza para ti que se escuchen tus gemidos de dolor».

Así habló. Apenas había dado fin á las injurias, cuando lanzado el dardo con mano segura, silba y vuela á través de la ligera brisa, y va en línea recta á herir á la Paciencia; le alcanza debajo del pecho, pero rebota rechazado por la dureza de la coraza, porque la Paciencia, virtud previsorá, había cubierto sus espaldas con coraza de acero de triple malla, cuyo escamado tejido de metal estaba asegurado en todos sentidos con nervios retorcidos.

Queda tranquila la Paciencia, conserva su firmeza y no se deja herir por ninguno de los dardos que llueven de todas partes; no se conmueve ante los venablos de aquel monstruo en el colmo de la irritación; espera que la Ira se abra la tumba con sus propias manos.

En efecto, cuando en su furor ha agotado sus indomables fuerzas aquella salvaje guerrera, y ha cansado inútil-

mente sus manos lanzando una nube de dardos; cuando, rápidos como el viento, terminaron su ligero vuelo aquellos dardos, y con sus palos hechos astillas por los golpes en falso cubrieron toda la tierra, cambió sus armas. Tira de la espada la mano sacrílega, la saca de la vaina, y reuniendo todos sus esfuerzos para dar un golpe mortal, la levanta con brioso movimiento hasta lo alto de las orejas, la vibra un momento, y dirige el golpe á la mitad de la cabeza; pero el casco, hecho de bien templado metal, retumba con el golpe, y rechaza rudamente la espada que rebota. El duro acero recibe los asaltos de la espada, y sin dificultad resiste sus golpes; concluye por hacer pedazos la espada que lo golpea.

Quando ve la Ira las astillas de su arma deshecha y los mil pedazos de su espada que cubren la tierra, cuando ve que en su mano no conserva más que la empuñadura sin la pesada hoja, funesto marfil sin valor alguno, signo engañoso de un ornamento que es su vergüenza, tira lejos de sí aquellos tristes restos, los desprecia, y enardécese ferroz para su propia ruina. Levanta del polvo del campo de batalla uno de los dardos que ha lanzado inutilmente, clava en el suelo la bruñida madera, vuelve la punta contra sí misma, y se hiere dando paso á sus entrañas por la herida que echa humo.

De pie y superior á ella, contempla la Paciencia aquel espectáculo: «Hemos vencido, dice, á ese vicio impetuoso, sirviéndonos de nuestra fuerza habitual, y sin correr riesgo alguno; nos hemos propuesto combatir así, y con una actitud pacífica, exterminar las furias con todo el ejército de vicios y con todas sus fuerzas delirantes; esa locura es su enemiga; en su furor se da la muerte, muere bajo sus dardos la fogosa Ira».

Dijo, y pasó impunemente á través de sus escuadrones, acompañada de un héroe ilustre; porque durante sus encarnizados combates al lado de esta invencible reina estaba Job. En su frente reina todavía la severidad y hacen su marcha lenta y trabajosa las innumerables heridas que

ha recibido. Pero llega el momento en que desarruga el ceño, y se sonríe, sus heridas se cierran, y sus numerosas cicatricés, á la vez que su recompensa, vergüenza de su enemiga, relatan los millares de sus combates laboriosos. Ordénale, por fin la diosa que descansa lejos del tumulto de las armas, que reemplace los bienes perdidos con las abundantes riquezas que ha conquistado, y que no se acuerde más de las cosas percederas. Después, ella misma deshace los cuadros de las legiones y los batallones que chocan entre sí; se adelanta invulnerable bajo una lluvia mortífera, y, uniéndosele como compañeras todas las demás virtudes, les presta su concurso. Sin ella no hay virtud que quiera correr el riesgo de un combate, porque no tiene apoyo la que no está sostenida por la paciencia.

III.—Combate de la Licencia y la Templanza

De los confines occidentales del mundo llegó un enemigo, la Licencia, mucho tiempo hacía, pródiga de una fama perdida; tenía los cabellos perfumados, los ojos inquietos, la voz lánguida; estaba embriagada de delicias, porque su vida es la voluptuosidad, halagando al espíritu sensual, saboreando sin freno los goces seductores, fatigando y apurando los sentidos; ahora está pálida y acaba de rechazar un convite nocturno.

Descansando en medio del aparato del festín hasta el amanecer, ha oído de repente el ronco sonido del clarín; ha dejado las espumosas copas, y con paso que hacen vacilar los vinos y los perfumes, ebria y pisando flores, marcha á la guerra; no va á pie, sino que, sentada en suntuoso carro, seduce y hiere los corazones de los hombres que la admiran. ¡Nueva manera de combatir! Nada de arcos, cuya cuerda tirante arroja la saeta; nada de venablos, que vuelan silbando; nada de hondas con la correa tirante; no blande su diestra una lanza amenazadora, pero reparte violetas su lasciva mano; combate con hojas de rosa, y

extiende entre los batallones enemigos sus canastos embriagadores; su melifluo aliento debilita el valor, y destila hasta el tuétano de los huesos un sutil veneno que les quita todo el vigor; sus perfumes, cruelmente suaves, rinden las frentes, los corazones y las armas; seduce á los guerreros cargados de hierro y les hace olvidar sus fuerzas; ahí están vencidos y descorazonados; vergonzosamente rinden sus venablos. ¡Ah! dejando caer sus lánguidos brazos admiran enajenados el carro adornado de piedras preciosas de variadas facetas, y las riendas en que agradablemente cruce el tejido metálico; no se cansan de contemplar el eje forjado del más puro oro, las ruedas cuyos rayos son de plata y de blancura deslumbradora, el círculo de ambar de pálidos reflejos que corona las ruedas y mantiene los rayos en su lugar. Ya todo el ejército, ansioso de su rendición, iba á dar principio á su perfidia y á entregar al enemigo sus banderas, deseoso de jurar obediencia á la Licencia, de someterse á su fácil cetro y á las leyes sensuales del placer.

La Templanza, virtud valerosa, llora ante tan afrentoso crimen, gime á la vista del ala derecha de su ejército, puesto en vergonzosa fuga, y de los soldados invencibles en otro tiempo, que sucumben antes de combatir; hace detener el sublime estandarte de la cruz que prudentemente había confiado al primer batallón; planta en la tierra la enseña sagrada, y con voz penetrante trata de reanimar á la tropa ligera, y de estimular sus esfuerzos con súplicas mezcladas de vituperios. ¡«Qué loco furor turba y ciega vuestras almas? ¡á dónde váis? ¡Gran Dios! ¡Á qué vergonzosas cadenas entregáis esos brazos hechos para las armas? ¡Qué! ¡van á encadenar esas toscas manos y van á atar esos brazos acostumbrados á la guerra, esas guirnaldas en que se mezcla el lirio con el fango, esos indignos nudos, y esas coronas de primavera en que hay entretejidas marchitas flores? ¡Osaréis ceñir con mitra de oro vuestra viril cabellera, adornarla con brillantes cintas, derramar sobre ella aceite perfumado, después que, impri-

miendo su signo en vuestras frentes, os ha comunicado el óleo santo una unción real, consagrándoos para la eternidad? En vuestra marcha afeminada ¿osaréis barrer el suelo con rozagante vestido, hacer flotar en derredor de vuestros miembros los pastosos pliegues de un manto de seda, después de haber llevado aquella túnica inmortal, que con sabia mano había tejido la ley santa, para revestir con ella como con impenetrable coraza los corazones purificados que había ayudado á renacer ella misma? ¿Iréis á esos nocturnos festines, donde humea el falerno en inmensas copas, y se desborda en hondas espumosas? ¿Serán para vosotros esos licores que se derraman en la mesa, esos lechós manchados con oleadas de vino, esos vasos labrados en que chispean los vinos más añejos! ¿La sed del desierto no turba vuestras almas! ¿Se ha agotado aquella fuente de la roca dada á nuestros padres, y que hizo brotar de una piedra entreabierta la vara misteriosa! ¿Habéis olvidado aquel maná angelical que en otro tiempo caía alrededor de la tienda de nuestros abuelos, y que hoy un pueblo nuevo más feliz recoge en la tarde de los tiempos, alimentándose de la carne de Cristo! ¿Alimentados con esa carne sagrada, os arrastra la desenfrenada Licencia, vacilante por la embriaguez, á las más inmundas guaridas! Se rinden ante una bailarina ebria aquellos á quienes ni la cólera ni los ídolos hicieron jamás volver la cara en la batalla. Deteneos, os lo suplico; acordaos de vosotros mismos; acordaos también de Cristo; recordad cuál es vuestra familia, cuál vuestra gloria, cuál vuestro Dios, cuál vuestro rey, cuál vuestro señor. Sois de aquella noble raza de Judá que por una larga sucesión de reyes ha llegado hasta la madre de Dios, de la cual nació Dios mismo hecho hombre. Sean elevadas vuestras almas generosas por la incomparable gloria de David ennoblecido mucho tiempo por rudos y sangrientos combates; sean movidas por Samuel, que prohibía alargar la mano á los despojos de un enemigo opulento, y dejar vivir después de la derrota á un rey incircunciso; y temeroso de que, si sobrevivía, fuese la pre-

sa para el pacífico vencedor ocasión de nuevos combates, le presentó como crimen el perdón del tirano prisionero. Mas para vosotros, son objeto de vuestros votos la derrota y la vergüenza. ¡Ah! arrepentíos, si queda todavía en vuestro corazón algún respeto al Dios Supremo; arrepentíos de haber querido seguir á un mal seductor con una traición sacrílega; el arrepentimiento borra la falta. Arrepintiósese Jonatás de haber violado la austera ley del ayuno, y de haberse dejado llevar á tomar el panal de miel, saboreando su culpable dulzura. ¡Ah! había seducido al joven el vanidoso placer de reinar, y le llevó á hacer traición al juramento. Mas, por haberse arrepentido, no hubo que llorar sobre su desgracia, ni la cruel sentencia ensangrentó la segur paterna. ¡Ea! si estáis dispuestos á aunar vuestros esfuerzos, yo, la Templanza, abro el camino á todas las virtudes: sea castigada con todas sus legiones la Licencia, maldita consejera, escoltada por soldados sin número; lo ordena el Cristo».

Dijo, y presentó la cruz del Salvador al cochero que se adelantaba; aproximó á las riendas la madera venerable. Frente á aquellos brazos extendidos, ante aquella frente radiante de gloria, retroceden los corceles, huyen á toda carrera, y en su ciego espanto se precipitan por escarpados senderos. Inútil es que la conductora del carro tire con violencia de las riendas para volverlos; inútil que el polvo manche sus sedosos cabellos. De repente se voltean las ruedas con rapidez; y á aquella sacudida cae el Vicio en tierra, bajo las ruedas del carro, cuya marcha detiene destrozándolas horriblemente. Acude la Templanza, y da el golpe mortal á su enemiga que yace en tierra, echando sobre ella una enorme piedra desprendida de una roca. No llevaba en su mano la heroína más que la enseña del combate, pero á falta de venablos, toma aquella arma que pone á su paso la casualidad, y magullando con el golpe los órganos de la respiración, hace entrar los labios hasta el interior del pecho; los dientes son pulverizados hasta en su raíz, la lengua rasgada, y aquel paladar que acababa de

saborear un suntuoso festín, se cubre de cuajarones de sangre; revuelve el estómago aquel insólito manjar, y devorando aquella carne magullada, arroja los alimentos que acaba de tomar.

Con acento terrible le dice la virgen: «Bebe tu sangre, después de tantas copas embriagadoras, y hágate expiar las culpables delicias de tu pasada vida esta bebida funesta. Criminales goces de la vida, dad paso á las amarguras de la muerte, y envenene este último festín todas tus dulzuras».

La muerte del jefe dispersa y pone en vergonzosa huída al retozón ejército lleno de espanto. Los primeros en arrojar sus platillos son los Juegos y la Petulancia; con armas bonitas se entretenían en hacer la guerra, proponiéndose herir con el sistro sonoro; vuelve las espaldas el Amor, huye, y lleno de espanto, deja en su camino los envenenados dardos; de sus espaldas caen también el arco y la aljaba. La pompa que tenía sus delicias en desplegar vana magnificencia, vese despojada de su inútil velo, y le arrancan las flores, con que se adornaba su belleza; le quitan el collar de oro y los adornos de la cabeza, y por doquiera arrojan en confusión sus piedras preciosas. La Voluptuosidad no teme magullar sus pies corriendo á través de los espinos; una fuerza superior á su delicadeza le obliga á soportar su huída dolorosa; desgárranse en el camino sus delicados pies, pero le obliga á caminar el temor del peligro. Todos los caminos que en su precipitada fuga ha recorrido el derrotado ejército, están sembrados de despojos, de alfileres, horquillas, brazaletes, cintas, broches, velos, rebocillos, diademas y collares. Mas no tientan esos despojos ni á la Templanza ni á los soldados que la siguen; con la pureza de sus pies pisotean aquellas galas escandalosas, vuelven la cara y los severos ojos, y no se abandonan á los goces del botín. ⁽¹⁾

(1) Traducido por el abate Gorini, *Extraits des Pères latins*, II, p. 69 y sig.

IV.—Conclusión

Gracias te sean dadas ¡oh Cristo! Nuestros piadosos labios te tributan merecido honor, porque has querido que, entre el fango de los vicios que rodean nuestro corazón, podamos reconocer los peligros ocultos en el interior de nuestro cuerpo y las sorpresas con que puede encontrarse el alma en medio de los combates.

Hemos visto cómo trabajosamente luchaban en las oscuras profundidades del corazón los sentidos que vacilaban; los hemos visto en las diferentes salidas para la lucha, ya dando señales de fortaleza, envalentonados por la esperanza, ya con la cabeza baja, arrastrados por las pendientes más ruines de la vida, hacerse culpables de faltas vergonzosas, poniendo la salvación en peligro.

¡Cuántas veces, después de haber rechazado esos vicios contagiosos, hemos sentido el soplo de Dios que enervorizaba nuestra alma! ¡Cuántas veces, después de las más puras alegrías ha abandonado el Espíritu celestial entristecido un corazón manchado! Encarnizados combates se libran en la doble naturaleza del hombre; de un lado está el cuerpo que lleva todavía huellas del barro de que fué formado, y que oprime al espíritu; de otro lado el espíritu, formado de un soplo divino, se ruboriza en la estrecha prisión de un corazón que se mancilla, y no quiere ese espíritu ser partícipe de sus manchas.

La luz y las tinieblas combaten en diferentes condiciones. Las fuerzas de una doble naturaleza se oponen la una á la otra, hasta que venga Cristo en su socorro, y reuna en pacífica morada, en el cielo, las piedras preciosas de las virtudes. Luchan juntas, hasta que este mismo Cristo, levantando los umbrales de oro del templo, donde había reinado el pecado, teja al alma un vestido formado de la hermosura de las virtudes, y qué, alegre con su brillo, la Sabiduría eterna reine por siempre en ese trono de gloria.